

ct

Cielo naranja

de
Julio Fernández Peláez

(fragmento)

CALLE VACÍA

*La luz de unas farolas ilumina el cuerpo de un hombre viejo.
Los ojos de una mujer brillan en la oscuridad.*

HOMBRE VIEJO

Te dije que recogía hojas de los árboles para hacer con ellas un colchón. Era cierto, me paso tardes enteras en los bosques llenando sacos que luego llevo a casa hasta llenar la despensa. *(Busca algo en sus bolsillos)*. Los días de sol extendiendo las hojas para secarlas. *(Encuentra un cigarrillo)*. Si no fuera porque ha empezado a llover seguiría recogiendo hojas... *(Prende el cigarro y da una larga calada)*. No te preocupes, no trato de violentarte. Acércate. *(Se seca el sudor de la frente con un pañuelo)*. Está bien, no vengas si no quieres. *(Señala a la mujer con el dedo índice)*. Conozco ese gesto, tienes razón. Hace tiempo que nos ayudamos a seguir en pie. Hace tiempo que nos ayudamos a seguir en pie sin que tú ni yo seamos conscientes.

Da un pequeño paso hacia ella.

Escucha. *(Tira el cigarrillo contra el suelo. Lo pisa)*. Las hojas secas modifican los sueños, cambiaron mi vida. *(Dobla el pañuelo y lo guarda)*. Cada noche las hojas se consumen, desaparecen en el interior de la funda y devoran todo aquello que pasó... *(Deja escapar una pequeña risa nerviosa)*. Todo aquello que hice y que jamás he podido borrar de mi memoria. *(Escudriña con la mirada en la zona oscura)*. ¿Eres tú? *(Mira al cielo)*. Me ciega la luz de la farola. *(Se agacha para atarse uno de los zapatos)*. Algo me dice que tienes cuerpo, que eres algo más que una sombra... *(Se sacude el pantalón)*. Ya no quedan hojas en el mundo para seguir borrando el pasado. *(Se da media vuelta)*. Y el sol no sale, eso es el peor, que el sol no sale. *(De nuevo se gira)*.

Da un pequeño paso hacia ella.

Necesito la luz para poder recoger las hojas. *(Se lleva una mano al estómago)*. Me da vergüenza andar por ahí a oscuras, con un saco a la espalda. *(Se acaricia el estómago)*. Hay poco que hacer. En los días más felices de nuestra vida... juntos... pasábamos los días sin hacer nada. Es terrible, tú no lo entenderías, pero sí que es verdad que no hay nada que hacer... *(Se acaricia la garganta con una mano)*. Voy a dar otro paso, no retrocedas. *(Busca otro cigarrillo pero no lo encuentra)*. Si he salido a la calle es por culpa de las obras. No sé por qué tanta prisa en terminar los asfaltados de las calles. Contrataron a gente de fuera, incluso algunas mujeres extranjeras también. Les pagan poco y no protestan. Tampoco dirán nada cuando se vayan al paro y no puedan pagar el alquiler. Vagarán por la ciudad en busca de nuevos trabajos. Quizá lo consigan. Entonces serán lo que buscaban ser. Y hervirá su sangre cuando para asfaltar las calles cuenten con otras gentes de fuera. *(Levanta una mano para saludar a la mujer)*. Escucha... *(Baja la mano)*.

Da un pequeño paso hacia ella.

Me gustaría entender estos cambios en la apariencia... En la apariencia de las cosas. *(Se seca el pelo con las manos)*. Las aceras se agrandan y en el suelo se abren grandes aparcamientos

subterráneos. (*Resopla*). En la profundidad de los sueños hay cosas que me atormentan, decías tú, son líneas en la niebla, marcas que no es posible cruzar sin... (*Roza el suelo con la suela de los zapatos*). Todos los días me lanzo con mi sierra de mano y sierro el aire. El sonido de la sierra me relaja, sierro, sierro... Debí reconocerlo. (*Permanece quieto*). Fue un error no contártelo a tiempo. Me pagaban por vigilar a las chicas, por cuidarlas y evitar que se escaparan. (*Mira al fondo de la calle*). Yo... todavía no me avergonzaba de aquello. Lo siento. Aún no te he dicho cuánto lo siento. Pero he cambiado.

Da un pequeño paso hacia ella.

En una ocasión nos dio por cantar cuándo teníamos el barro hasta las rodillas, ¿recuerdas?... (*Se tapa los ojos con una mano*). Nos hartamos a reír porque no encontrábamos... (*Se destapa los ojos*). No encontrábamos el fuelle con el que soplar el barro que nos embrutecía. (*Tose*). Y tú entonces comenzaste a llorar... (*Busca con la mirada a la mujer. Titubea*). Querías que hiciera algo y lo hice... Salimos de esa, y de otras muchas. (*Sonríe*). Te daba por cantar y salíamos. Tiene cojones la cosa, juraba yo, y tú llena de barro en medio del paisaje... (*Observa sus zapatos*). Echo de menos todo aquello... (*Estira el cuello para escuchar*). ¿Hace viento verdad? No estoy seguro. Las copas de los árboles no se mueven y a pesar de eso siento el viento como si fuera un fantasma. (*Mete la mano en un bolsillo y encuentra un papel*). Los árboles ya no tienen hojas. Para ellos el invierno llegó hace semanas. Pero en los bosques todavía se encuentran hojas amarillas... (*Lee mentalmente lo que hay en el papel*). En los bosques hay árboles que resisten, que aguardan agazapados hasta el último momento... (*Arruga el papel y lo tira*). Qué curioso, allá donde haya una farola habrá mosquitos... (*Coge del suelo una pequeña piedra y la tira contra una de las farolas*). Anoche creí fotografiar un rayo de luz.

Da un pequeño paso hacia ella.

Nunca caerá el muro del que hablabas a veces. Y no sé por qué te digo esto ahora. (*Saca de nuevo el pañuelo y se seca la frente*). Ese muro está fabricado con algodón armado, con el algodón infectadlo con el que se curan las llagas. (*Tose varias veces*). Es mejor que te alejes de ese muro o te dolerá, te decía yo... (*Escupe al suelo*). Tenemos suerte, confórmate con eso, aquí no pasa nada, todo pasa y pasa. Pasa. Lástima que perdiéramos nuestras raíces, pero derribar el muro tampoco nos hubiera devuelto a ellas. (*Deja escapar una risita nerviosa. Dobla con cuidado el pañuelo y lo guarda*). Además, no estoy seguro de que nuestras raíces existan. En los cimientos de todas las cosas sobreviven los fluidos comunes... (*Sacude sus zapatos contra el suelo*). No sé por qué nunca te pedí perdón. Perdón con mayúsculas. Comprendes lo que quiero decir.

Da un pequeño paso hacia ella.

¿Viste los escaparates? (*Salpica el agua con los pies*). Esta Navidad no será tan alegre como la del año pasado. (*Suspira*). Se nota la preocupación en los rostros... (*Se mete las manos en los bolsillos*). Esta tarde estuve en el supermercado. (*Saca las manos de los bolsillos, las frota una contra la otra*). No era el único que con la excusa de comprar un aparato nuevo se paseaba delante de las pantallas para sentir... (*Menea la cabeza como negando*). El amparo de la misma voz, repetida docenas de veces. Las mejores jugadas de la jornada... Jamás se cansan de rematar, de disparar a puerta una y otra vez... (*Se moja los labios con la punta de la lengua*). Es tarde. Serán más de las doce. Desde que el colchón se tragó las últimas hojas no tengo ganas de dormir.

Da un pequeño paso hacia ella.

Las últimas hojas eran casi todas de roble, aunque también había de castaño y unas pocas de árboles exóticos. *(Se frota el cuerpo para entrar en calor)*. Las hojas de castaño emiten un ruido de fuego. Con ellas tengo la sensación de quemarme si no me doy la vuelta cada poco... *(Se queda parado)*. Tengo en la cabeza lo que me dijiste hace tiempo. Es imposible llegar a ninguna conclusión sobre lo que vemos mientras existan esos muros. No permiten que veamos el paisaje. ¿Qué paisaje?, pregunté yo. *(Abre la boca. A continuación la cierra. Se seca el pelo con las manos)*. Últimamente creo ver aquel paisaje del que hablabas y ¿sabes?... Me produce una infinita añoranza... *(Escudriña la oscuridad con su mirada)*. ¿Sigues ahí o te marchaste? *(Mira al cielo. Se frota los ojos)*. Si tú quisieras, el año que viene por Navidad podríamos comer pavo juntos. *(Se observa las manos)*. Yo sigo luchando, si te interesa saberlo. *(Mira al frente, al vacío)*. Mientras tú vivas yo lucharé todo lo que tú no puedes luchar. Ese es nuestro trato, y nuestro secreto... *(Deja caer las manos con su peso)*. Las hojas secas de roble se vuelven rígidas pasados unos días. Si tú quisieras, el año que viene... Eso sí, el pavo no habrá quien lo mate y habrá que comprarlo ya desplumado. Además, no comemos carne, ni tú ni yo. *(Sonríe)*. Los animales domésticos son una plaga... Me propuse exterminarlos, el problema es que los gases de los aerosoles atacan el ozono. *(Baila con los pies y salpica el agua)*. ¿Te ríes?... Si crees que ya no hay ozono... En los supermercados están de moda las cremas antibélicas, por algo será. *(Baila discretamente con todo el cuerpo)*. Si no fuera por tu risa, por todas esas risas que nos echábamos... *(Se detiene)*. No sé cómo no me di cuenta de todo lo que estabas sufriendo, aquel día que te pusiste a llenar la bañera de agua caliente para dejar luego que el agua se desbordara con tranquilidad... A mí, que tanto me gustaba la carne. *(Tose)*. Me cortaré las venas algún día, dijiste, y yo no te hice caso... o dejé que las palabras permanecieran a un nivel aceptable. *(Respira profundamente)*. Qué extraño, no hay ruidos de automóviles. Quizá todos se encuentren en aparcamientos subterráneos. Opino lo mismo que tú. *(Deja escapar una pequeña risita nerviosa)*. No es justo, los automóviles no llevan la ninguna parte, salvo a los centros comerciales, a los centros de trabajo, a los centros de diversión, a los centros. *(Escupe al aire)*. Acabaremos dando pedales por ausencia de periféricas... *(Rebusca en sus bolsillos)*. Compré una silla de masajes, es posible que la tenga que devolver porque no creo que pueda pagarla. *(Encuentra un dedal. Se lo prueba)*. Hoy por hoy una silla de masajes es lo más parecido a una silla eléctrica. *(Con el dedal en el dedo índice se rasca la cabeza)*. La máquina tiene un puño de acero que va pasando por la espalda de abajo a arriba, de arriba abajo... *(Se quita el dedal. Lo posa en el suelo. Juega a subirse encima de él)*. Me da placer cuando el puño da vueltas sobre el coxis. Cuando llegue a casa llenaré el colchón con restos de hojas secas de roble a ver si se me pone dura... Los sueños son vacíos inesperados, por eso me gustan. Las hojas de manzano, cuando se descomponen en el interior del colchón, expelen flujos de entusiasmo. Ojalá encontrara hojas de manzano... No sé si llegaré a fin de mes... Ríe, anda, ríe... Tú no le dabas importancia a no llegar el fin de mes, tú pensabas en otras cosas, en otras personas, en cómo armar la auténtica justicia. No, no estoy echándote nada en cara... Aún no entiendo por qué tuviste que enfermarse... Nunca creí que pudieras perder la alegría. Ocurrió sin darnos cuenta, se abrió de golpe una ventana y a partir de ese momento todas las cartas del destino cayeron a un oscuro pozo. *(Pierde el equilibrio. Está a punto de caer)*.

Da un pequeño paso hacia ella.

Nuestro hijo... *(Aspira lentamente)*. Tendría ahora... ¿Te acuerdas de Ariel? Ariel y nuestro hijo hubieran sido inseparables. *(Tose de manera brusca)*. Ariel murió el año pasado, era un pobre

alcohólico que no fue capaz de dar un palo al agua. Lo mató una botella de whisky. (*Busca a la mujer con la mirada*). Estás fumando. Fumar te alivia... (*Hace un chasquido con los dedos*). Espera, tengo algo para ti, aún siguen abiertas las tiendas de los chinos y te voy a comprar un inmenso ramo de flores. Tranquila, no quedan margaritas, no quedan margaritas en toda la ciudad. Se corrió la voz de que las margaritas dan mala suerte. Por favor... No llores, no llores, o me harás llorar a mí también y tendré que tragarme los ríos de lágrimas de orgullo... (*Respira profundamente*). Las hojas de sauce me hacen estornudar, no es casualidad. (*Menea la cabeza como negando*). Con ellas despierto en un mar de estornudos, en mitad del valle, y me asomo por la ventana; es extraño, pienso, estamos en medio del desierto, la lluvia es lluvia ácida, hace tiempo que nos abandonaron a esta lluvia ácida e invisible, una lluvia que crece formando torrentes de lava tenue.

Da un pequeño paso hacia ella.

(*Mira al fondo de la calle*). La esperanza existe en las mentes enfermas de las personas sin futuro; si la esperanza no existiera la gente no creería nada, en nada en absoluto, y esta lluvia caería a plomo, como cae en los lugares donde de verdad llueve... (*Se lleva una mano al estómago*). Las piedras del muro no habrá manera de numerarlas y llevárselas la otra ciudad, de regalo, como recompensa por la victoria deportiva sobre las tropas enemigas, o como pago adelantado de un millón de sillas eléctricas, para masajes. No sé lo que digo... (*Se acaricia el estómago al tiempo que balancea el cuerpo*). Los naranjos florecen durante la noche, sufro delirios por el deseo de llevarme a la boca una naranja dulce. (*Se queda inmóvil*). Exprimíamos las naranjas durante semanas y luego las embotellábamos con alcohol y azúcar, ¿recuerdas?... Nuestro hijo hubiera crecido con aquellos licores en las papilas... (*Se da media vuelta*). Ya no soy el que conociste, cambié, Lo juro. ¿Cuántas veces he de repetirlo? Prueba a llamarme por mi nombre, en sueños siento mis labios, cuando algo así sucede no se puede seguir siendo el mismo, el cambio es irreversible y sincero... (*De nuevo se gira*). Sé lo que estás pensando, que te olvidé. Intenté rehacer mi vida, eso es todo, y llenar una parte de los huecos que quedaron; pero la herida, la gran herida estuvo siempre presente... (*Se agacha para mirar*). Hueles a jabón de membrillo, es por esto que te reconocí. (*Roza el suelo con la suela de los zapatos*). Apenas si se te notaba la barriga, pero él estaba ahí, aguardando su momento para vivir. (*Se levanta*). Es extraño, tú y yo, dos asesinos, aquí, en medio de la calle... (*Permanece quieto*). Me gustaría darte un abrazo, recuperar las sensaciones de aquellos días en los que fuimos felices. Pensabas que podrías hacer tanto por el mundo que te olvidaste de ti.

Da un pequeño paso hacia ella.

El aire se ha enrarecido. (*Se mete las manos en los bolsillos. Mira a su alrededor*). Ha habido repatriaciones pero la mayoría se marchó porque no había nada que hacer aquí. (*Saca las manos de los bolsillos. Se siente observado*). También yo huiría si pudiese. (*Se tapa los ojos con una mano*). Ya no quedan pocas cosas que hacer. Se acabó eso de defender prostitutas en los parques... (*Se destapa los ojos*). Salió la luna en el cielo naranja. (*Busca a la mujer con la mirada*). ¿Tienes frío? Toma mi chaqueta. (*Levanta una mano para saludar*). No estés temblando. (*Baja la mano*). A mí no me importa pasar frío, estoy acostumbrado. (*Mueve los pies para quitar el frío*). ¿Qué pasó por tu cabeza? (*Se frota el cuerpo con las manos. Se sacude la lluvia*). Tenías la mirada totalmente fuera del mundo. (*Encuentra en sus bolsillos un trozo de lápiz*). Esa imagen quedará clavada para siempre y no podré borrarla. Aunque no me creas, yo no te culpaba, me culpaba a mí. Y sigo culpándome. Es un estado transitorio, repetía en mi interior, te recuperarás y todo será como si nada hubiera ocurrido, la vida en tu cuerpo volverá a brotar con el tiempo, cuando el desorden sea anulado y...

(*Escribe en el suelo con el lápiz*). ¿Por qué sigues ahí, quieta, sin decir nada? ¿Por qué estás... ahí... parada... como si...? Este encuentro no es una casualidad, ¿verdad? Sabíamos cómo encontrarnos. (*Baila tímidamente*). Hace unos meses me detuvieron, me acusaron de alterar el orden público. (*Se lleva el lápiz a la boca*). Me enfrenté a mis antiguos colegas, tendrías que verme. Fue una pelea terrible. Hubo un muerto... El sufrimiento inútil es martirio. (*Escupe el lápiz. Silba*). Alguien me dijo que enloqueciste por todo lo que ocurría a nuestro alrededor, que el sufrimiento ajeno te volvió loca. (*Tose*). Nunca te gustó la palabra locura. Tienes miedo, te doy miedo aún. (*Respira profundamente*). Crucemos juntos la frontera. (*Se agacha para atarse un zapato*). No puedes. No soportarías estar en un mundo sin azahar. (*Suspira*). Tampoco yo podría. Pero la nieve... Sigues teniendo nostalgia de la nieve... Aquel tipo quiso clavarme un cuchillo en el estómago. Yo lo esquivé, me enfrenté a él. (*Escupe al suelo*). Estoy marcado. No sé dónde ir. Antes de que termine este mes estaré muerto. Sólo tienen que dar conmigo, y eso es fácil, saben dónde vivo. (*Deja escapar una pequeña risa nerviosa*). Tendré suerte si no me cortan en pedazos... (*Busca a la mujer con la mirada. Mira al fondo de la calle*). Escucha, te das cuenta, acaba de pasar un automóvil. (*Se frota la cara con las manos*). Hay hojas de arbustos que son de un silencio intenso y voraz que penetra en los huesos. Para ese silencio no hay palabras, cualquier cosa que digas es una tortura. (*Sonríe*). Como el llanto de los cabellos dorados de las muñecas... Todo el colchón de hojas de naranja, no se me había ocurrido. Te diré algo amable. Aunque te parezca inverosímil, te necesito. (*Recoge del suelo una colilla. La enciende*). Te adoraba. Te adoraba incluso en el momento en el que me clavaste las tijeras en el estómago. Sigues ahí, sé que sigues ahí, justo a cinco pasos en línea recta de frente. ¿Pero te reconocería? ¿Nos reconoceríamos?... (*Apura la colilla y se quema los labios*). No fue el dolor ajeno lo que nos destruyó. Sí, es cierto, el dolor ajeno destruye, siega las tripas de la gente en dos mitades, pero no fue esto lo que nos lanzó al vacío sino la sordera, mi sordera ante el dolor. (*Se lleva las manos a los ojos*). Oí decir que detrás de las montañas el cielo cae al abismo. No es posible, no es posible que durante todos estos años no haya conseguido olvidarte. Ríe, ríe por favor, sabré entonces que el mal pasó de largo y nos dejó en paz. (*Hace giros con la cabeza*). Actúas como un animal agazapado en el bosque y esto me duele. (*Se sacude las manos*). No sé cómo ahogar el sufrimiento. (*Salta sin moverse del sitio*). El sufrimiento me empuja a cometer una equivocación detrás de otra dentro de la ceguera... El día que llené el colchón de hojas de mimosa tuve ardor de estómago y tuve que levantarme de la cama para vomitar varias veces. (*Se detiene. Observa sus zapatos*). Pensaba que las hojas de mimosa aplacarían todo pero enfermé por culpa de una bacteria que había dentro de las hojas. Cáncer de colon llegué a pensar. Sigo siendo hipocondríaco. El corazón me late tan rápido que debería detenerme. No dar un solo paso más hacia ti... A veces pienso que aún no crecí lo suficiente. Sí, aún no sufrimos todo lo que hace falta que suframos para seguir sobreviviendo en este desierto. (*Busca a la mujer con la mirada*). No te he contado el porqué de mi obsesión por dormir sobre hojas. Envejecí. Necesito recuperar el tiempo perdido, rejuvenecer a través de los sueños. (*Hunde las manos en los bolsillos*). Y curar mi pasado. Necesito encontrarte y comprenderte. (*Mira al cielo*). Cada noche pongo el despertador, aunque en realidad hace años que no despierto a ninguna hora. Pongo el despertador para no seguir durmiendo hasta morir... En tu entierro acudió la prensa. (*Busca a la mujer con la mirada de manera insistente*). A la prensa le interesa todo lo que tenga que ver con la violencia. Querían saber, ¿pero qué les podía decir yo? (*Saca las manos de los bolsillos. Las huele*). ¿Que era un miserable, un cobarde, un cerdo? ¿Que ejercí de chulo mucho antes que de amante? Contigo no. No, contigo no. Yo te quería con locura. Te admiraba. Siempre fuiste para mí un ángel. No tengo porqué sentir vergüenza de decirlo. Digan lo que digan, te amaba. Lo contrario son ganas de cambiar la historia. Es cierto... Una mañana al despertar comencé a odiarme tanto que deseé mi muerte a grito pelado... Tus ojos brillan. (*Deja escapar una pequeña risa nerviosa*). Necesitaba

decir todo esto. (*Respira profundamente*). No estoy seguro cual será el resultado, ni tampoco si será posible borrar de este modo una pizca de esa sustancia que desde hace tanto tiempo destruye mi cerebro... ¿Y ahora qué? Tú no dices nada. El silencio es terrible, la ausencia de comunicación es la gran noche de los tiempos... ¿Dijiste algo?

Da un pequeño paso hacia ella.

Las últimas hojas del colchón eran de álamo negro. Las hojas de álamo envejecen rápido, son las primeras en caer a plomo, al igual que la lluvia helada del invierno.

Da un pequeño paso hacia ella.

Qué estupidez, desear que vuelvan a ser como eran los bosques de nuestra juventud, aquellos que quedaron arrasados después del incendio.

Da un pequeño paso hacia ella.

Que estupidez seguir teniendo nostalgia.

Da un pequeño paso hacia ella.

Pasaremos de la mano, como si nada pasara. Y escucharemos caer las hojas...

Da un pequeño paso hacia ella.

Y con ellas llenaremos sacos para dormir cada día en colchones...

Retrocede.

Nuevos.